

I

Inventar la Resistencia

AMAY

«Alimiro» los había visto con sus propios ojos. Había visto a los hombres del Ejército Real, alpinos del Cuarto Ejército excombatientes de Francia u oficiales y soldados de la Escuela Central de Alpinismo de Aosta, subir los pasos del valle de Ayas con una única idea en mente, «pensando exclusivamente en salvar el pellejo». Los había visto, en aquellos dramáticos días posteriores al 8 de septiembre de 1943, atravesar los neveros de la Testa Grigia o los glaciares del monte Rosa para cruzar la frontera y llegar a la Suiza neutral, «arrojando bombas en los valles y destrozando los mosquetes»: los había visto salir por piernas y entregar Italia a los alemanes. Alimiro —en el registro civil Mario Pelizzari, de cuarenta años, delineante en la Olivetti de Ivrea— había tenido ante sus ojos un pedacito de patria a la desbandada, y se había comprometido consigo mismo para el próximo futuro. En la Italia ocupada por los nazifascistas, intentaría hacer algo mejor. Para «no convertirse en el hazmerreír o el cordero», para redimir el espectáculo de un sálvese quien pueda que le había hecho «sangrar el corazón».¹

Unas semanas antes, tras el 25 de julio y la caída del Duce, Mario Pelizzari fue uno de los primeros en la fábrica en advertir el peligro y ponerse manos a la obra. El futuro Alimiro —el partisano más legendario de Ivrea— no se limitó a recorrer las calles de su ciudad junto con un colega, armado con un martillo y un cincel, para arrancar de las fachadas de los edificios públicos todos los fascos que se les pusiera a tiro.² Junto con su jefe, el ingeniero Riccardo Levi, que dirigía la

oficina técnica de la Olivetti y que había sido en cierto modo su maestro de antifascismo, Pelizzari intentó crear una comisión interna que funcionara como un primitivo núcleo de resistencia.³ A principios de septiembre se trasladó a Saint-Jacques, en el alto valle de Ayas, donde la Olivetti tenía una colonia de verano justo en la ladera del monte Rosa. Una colonia de postal, casi de ensueño. Si no fuera porque aquel era el verano de 1943 y el ejército alemán se disponía a ocupar toda Italia, incluido el pequeño valle de Aosta y el diminuto valle de Ayas. Y si no fuera porque decir ocupación alemana equivalía a decir peligro inmediato para los judíos italianos, para gente como el ingeniero Levi, que tenía mujer e hijos, para los muchos directivos y funcionarios de origen judío (familias de judíos ya poco judíos, pero que de un modo u otro seguían siéndolo) que habían contribuido a hacer de la Olivetti una fábrica en cierto modo especial.

Y pensar que después del 25 de julio, o incluso poco antes del 8 de septiembre, algunos judíos creyeron ingenuamente que lo peor ya había pasado. Que la infausta época que comenzó con las leyes raciales de 1938, y siguió con las derrotas militares de Italia en la guerra mundial, se había cerrado en Roma con la caída de Benito Mussolini y del régimen fascista. «Parece que la situación de los judíos sigue mejorando», escribía en su diario, el 3 de septiembre de 1943, un judío turinés que pertenecía al círculo de amigos de Primo Levi, Emanuele Artom.* ¿Acaso no había derogado el gobierno de Badoglio medidas vejatorias como la prohibición de que los judíos publicasen necrológicas, la prohibición de emplear a criados arios y la prohibición de frecuentar las estaciones de veraneo?⁴ En agosto, el propio Levi había ido a pasar las vacaciones en la montaña, en Cogne, sin preocuparse excesivamente por el futuro, o al menos así lo recordaría cuarenta años más tarde.⁵

Ya a finales de julio se había instalado en Aosta un batallón de granaderos alemanes. Y tras el anuncio del armisticio, el 8 de septiembre, los acontecimientos se habían precipitado. La noche del día 10 ya se había impuesto en Turín el mando de la Wehrmacht, y en

* Vinculado a Giustizia e Libertà, movimiento político antifascista y de inspiración socialista y liberal. (*N. de la T.*)

apenas cuatro días los alemanes se hicieron con el control de Ivrea, del Canavese y del valle de Aosta hasta la capital. Mientras tanto, y por orden de Hitler, Mussolini había sido liberado por un comando de paracaidistas en el Gran Sasso y se disponía a tomar el mando de la llamada República de Salò. En la provincia de Aosta, rápidamente los fascistas (no muchos, poco más de un millar, frente a los más de treinta mil de antes del 25 de julio) se reorganizaron políticamente en torno a la autoridad alemana y a los distintos servicios de la policía nazi.⁶ Rápidamente también, aunque de forma poco profesional, se movilizaron los antifascistas. En Ivrea, un grupo de obreros de la Olivetti sustrajeron de noche armas y municiones del cuartel de los carabinieri: las escondieron en casa de uno de los obreros subiendo por el balcón dos ametralladoras demasiado grandes para pasar por las escaleras.⁷ En Châtillon, el conde Charles Passerin d'Entrèves contó con la ayuda del vicario de la parroquia para transportar a una cueva sobre el cementerio los fusiles ametralladora y las cajas de municiones abandonadas por los soldados en fuga en los locales de la artillería antiaérea.⁸

Primo Levi se encontraba a pocos kilómetros de allí. Llegó al pueblo de Saint-Vincent —prácticamente pegado al pueblo de Châtillon— la noche del 9 de septiembre, y la mañana del 12 se reunieron con él su madre Ester (Rina) y su hermana Anna Maria (su padre, Cesare, había muerto un año antes); recurrieron a una familia de parientes judíos, los Segre, que tenían una casa alquilada en Saint-Vincent.⁹ Cinco días después, los tres Levi hicieron de nuevo las maletas, aunque sin salir del municipio. A pie o a lomos de un mulo, subieron a la que los lugareños llamaban la «colina» para hospedarse en el hotel Ristoro, el único de Amay, una aldea situada mucho más arriba del núcleo principal de Saint-Vincent, a 1.425 metros de altura, un poco por debajo del Col de Joux. Dos días más tarde, Primo Levi cruzó el paso para llegar al valle de Ayas. Tenía una especie de cita en una cantina que se encontraba por encima de Saint-Jacques, en Fiéry, con una decena de amigos o conocidos: entre ellos se encontraban los Bonfiglioli, judíos de Turín, y los Finzi, judíos de Asti. Un único punto en el orden del día, 19 de septiembre de 1943: cómo buscar la salvación en Suiza.¹⁰

Al parecer, solo disponían de dos alternativas. Se podía salir del valle de Ayas por la cercana Valtournenche y elegir la opción del teleférico, que, desde la cuenca de Cervinia, subía al Plateau Rosa para descender luego hacia Zermatt: con esta opción se arriesgaban a entregarse directamente a los alemanes, si a estos se les ocurría vigilar las estaciones del teleférico. O bien se podía intentar una travesía otoñal del hielo del monte Rosa. Con los peligros que sin duda comportaba el alpinismo, y con el riesgo que suponía la poca fiabilidad de los *passeurs*,¹¹ «contrabandistas» acostumbrados a cruzar la frontera transportando cualquier mercancía ilegal, a quienes las circunstancias de la guerra ofrecían la posibilidad de ganar dinero transportando ilegalmente a hombres y mujeres cuya vida corría peligro.¹² Para esquivar a la policía fronteriza, los contrabandistas exigían una cantidad que oscilaba entre 5.000 y 15.000 liras por persona.¹³ Pero a veces ocurría que los menos fiables, al encontrarse con dificultades imprevistas, abandonaban a los clandestinos en plena montaña y desaparecían. Todas estas razones explican el hecho de que la reunión de doce judíos piamonteses en una cantina de Fiéry, el 19 de septiembre de 1943, se disolviera sin llegar a ningún acuerdo.¹⁴

Levi regresó a Amay, donde pasaría de forma casi ininterrumpida los tres meses que lo separaban de su captura por parte de la milicia. «Hay muchos pueblecitos dispersos en una cuenca, además hay una... un minúsculo campanario que se llama Amay», así lo recordaba el escritor treinta años más tarde, en una charla de 1973 con un jovencísimo amigo de la familia.¹⁵ Levi regresó al hotel Ristoro junto a su madre y su hermana. Desde luego no era un alojamiento de lujo, un término medio entre una posada para viajeros y un refugio para excursionistas. Los gerentes, Eleuterio Page y Maria Varisellaz, fueron muy amables y les ofrecieron habitaciones con agua corriente a un precio módico.¹⁶ De modo que instalados en el último piso del hotel, en las habitaciones construidas bajo el desván, los Levi podían sentirse relativamente a gusto, en la medida en que lo permitía la singular dureza de los tiempos.

Yo descubrí el pueblecito de Amay un día soleado del mes de septiembre de 2011. Hacía años que estaba estudiando el tema de los partisanos del Col de Joux, esta historia de resistencia y de Primo

Levi en la Resistencia, pero todavía no había realizado ninguna inspección, no había explorado el escenario principal de la trama. Durante años, al pasar en coche desde Saint-Vincent en dirección a Turín o a Ginebra, alzaba la vista hacia la «colina» donde sabía que estaba Amay; durante años reconocí, desde el fondo del valle, los perfiles de las casas disimuladas entre el verde de la vegetación o dibujadas sobre el blanco de la nieve. Pero ni una sola vez salí de la autopista para ascender por las curvas de aquella colina, llegar al pueblo tras media hora de marcha, aparcar el coche donde se ensancha la carretera provincial y bajar por las callejuelas de una aldea prácticamente deshabitada. Nunca me había decidido a recorrerlo con mis propios pies y a mirarlo con mis propios ojos. Había olvidado la lección de Richard Cobb, estudioso británico de la Revolución francesa, para quien la historia ha de ser recorrida a pie además de leída, ha de ser visitada *in situ* además de en las páginas de los libros o en las carpetas de los archivos.

Creo que no llegué a profundizar en la experiencia partisana de Levi hasta que visité Amay. Hasta que vi el hotel Ristoro, transformado hoy en un bloque de viviendas en cuya fachada se puede leer todavía el nombre que unos nuevos gerentes le atribuyeron ambiciosamente en la posguerra, Chalet Beau Séjour; hasta que vi, justo al lado del antiguo hotel, el minúsculo campanario que se llama Amay, esto es, la capilla casi de ficción, de libro ilustrado para niños, erigida en el siglo XVII en honor de san Grato; hasta que contemplé, sobre todo, el asombroso paisaje que en los días de buen tiempo del otoño de 1943 debía de ofrecerse a la vista de los huéspedes de la buhardilla del Ristoro, me estuve negando la oportunidad de investigar una característica fundamental de cualquier experiencia de resistencia, incluida la experiencia de Primo Levi: el carácter telúrico de la experiencia partisana,¹⁷ su definición como una relación directa entre el rebelde y la tierra que lo rodea. Hasta que estuve en Amay, no pude entender hasta qué punto era difícil, casi imposible, la Resistencia desde un lugar como aquel.

Porque Amay es un lugar demasiado luminoso, demasiado aéreo, demasiado transparente para ser el escenario de una guerra, y menos aún de una guerrilla. Amay sigue siendo un lugar encantador, pese a

su aspecto de aldea fantasma. Desiertas sus tres o cuatro callejuelas, cerrada a cal y canto la capilla de san Grato, en ruinas heniles y graneros, pero extraordinariamente sugerente el panorama que desde la aldea se extiende hacia gran parte del valle de Aosta; no solo Saint-Vincent y Châtillon, pueblos de juguete novecientos metros más abajo, también la llanura de Aosta, treinta kilómetros al oeste, y las nieves perpetuas del monte Rutor y hasta, allá arriba en el cielo, la cinta brillante del Mont Blanc. Pero justo por ser un lugar tan increíblemente abierto, Amay sería el último rincón que un partisano sensato elegiría como base para echarse al monte. Es cierto que, por su condición de balcón asomado a la llanura, Amay ofrecía a los rebeldes la posibilidad de divisar con antelación las posibles incursiones enemigas. Solo que la transparencia amenazaba con funcionar también en el otro sentido, si se disponía de unos anteojos. Muy distinta es, un poco más arriba, la situación de Frumy, la zona de pastos de estío donde en el otoño de 1943 se instaló el grueso (¡una docena de hombres!) de la banda del Col de Joux. Los refugios de Frumy están apartados de las curvas de la carretera que sube hacia el puerto, e invisibles, si no desde arriba, al menos desde abajo, desde el fondo del valle. En resumen, no hay nada en Frumy de la increíble visibilidad de Amay.

Desde hacía siglos, Amay era un lugar de parada en la antiquísima ruta de la sal y del vino que unía Aosta con Suiza a través del Col de Joux, el valle de Ayas y el paso del Teodulo. El declive del pueblo empezó en el siglo XIX, pero en las décadas de 1920 y 1930 el avance del turismo, aunque lento, ofreció alguna posibilidad de recuperación. ¿No hablaba el periodista Curio Mortari, en un reportaje de *La Stampa* de junio de 1932, de la colina de Saint-Vincent como de un «El Dorado alpino» y de Amay, «delicioso pueblo de contornos esmeraldinos», como de un país de jauja al alcance de la mano? En el mismo artículo, Mortari compartía con los lectores del periódico turinés una historia (o una leyenda) que los habitantes del valle se habían ido transmitiendo de generación en generación. Un día de mayo de 1800, cuando el ejército francés trataba de imponerse en el valle de Aosta venciendo la resistencia de los austríacos en el fuerte de Bard, Napoleón en persona subió a la colina para realizar un re-

conocimiento, con la intención de sorprender al enemigo por la espalda a través del Col de Joux y el Col Ranzola. Y Napoleón se detuvo en la hostería de Amay y bebió «vino rosado de Carema» en una copa que fue debidamente conservada, y que se mostraba con orgullo a los huéspedes del Ristoro.¹⁸

LA CAÍDA

Durante la que sería su última noche como hombre libre antes del alba de nieve del 13 de diciembre de 1943, Primo Levi charló con una amiga —«se interesaba por todo»— sobre los famosos caballos Lipizzaner, domados desde hace siglos en la Escuela Española de Equitación de Viena por deseo del emperador de los Habsburgo.¹⁹ Podría muy bien ser que el Levi aún libre se interesara también por la curiosa historia de Napoleón en Amay en 1800, y por la copa de vino que se bebió de un trago el Primer Cónsul en la misma hostería donde la familia Levi realizaba sus comidas. En cualquier caso, la presencia de aquella familia al completo en el ya improbable El Dorado de Amay sirve para describir la situación de Levi en los últimos días de septiembre de 1943. Era una situación que sería absurdo definir de turística; para los Levi, la prolongación septembrina de las vacaciones de agosto era una prolongación forzosa, basada en la hipótesis de que en la Italia ocupada por los alemanes los judíos corrían menos peligro en la montaña que en la ciudad. Sin embargo, se trataba de una situación que podríamos considerar doméstica, lo más alejada posible del cliché épico de los primeros partisanos de la montaña.²⁰

Al igual que otros amigos suyos de origen judío, el joven turinés de veinticuatro años no subió a los montes tras el 8 de septiembre por razones directamente militares o intrínsecamente políticas. No subió para evitar ser llamado a filas, porque si desde 1938 los varones adultos de «raza judía» estaban dispensados del servicio militar, mucho más lo estarían en la Italia colaboracionista de Salò. No subió para echarse al monte y dedicarse a la guerrilla, ya que habría sido ilógico hacerlo llevándose consigo a la hermana menor y a la madre de cincuenta años. Ni subió respondiendo a la llamada ideal de una

resistencia antifascista, porque apenas había habido una llamada de ese tipo inmediatamente después del 8 de septiembre, la resistencia de la gente no se había convertido de pronto en una Resistencia con mayúsculas. Por supuesto, el Primo Levi de septiembre de 1943 era un hombre que había tomado partido contra el fascismo: lo había hecho desde hacía al menos un año, desde que había formado un grupo —en el Milán de 1942— con media docena de judíos turineses reunidos por razones de trabajo a la sombra de la Madonnina. Empujados por una carismática prima del propio Primo, Ada Della Torre, Levi y sus compañeros se habían acercado al Partido de Acción antes del 25 de julio de 1943, y habían desarrollado incluso cierta actividad clandestina.²¹ Pero a la caída de Mussolini, no fueron capaces de transformar su disposición antifascista en una resolución concreta política o militar. De modo que, tras el 8 de septiembre, reaccionaron al trauma de la ocupación más como judíos en peligro que como rebeldes de primera hora.

El grupo estaba formado por Luciana Nissim, que se alojaba con sus padres en Challand-Saint-Anselme, en la parte baja del valle de Ayas, y entretanto se mantenía en contacto con Vanda Maestro, que, junto con su hermano Aldo, había encontrado acomodo en Valtournenche. Licenciada la una en medicina y la otra en química, Luciana y Vanda se contaban entre las mejores amigas de Primo Levi. Había comenzado a relacionarse con él en la época de Milán, y no sabían aún lo que compartirían juntos cinco meses más tarde: el vagón sellado y la deportación a Polonia. Otro de los integrantes del grupo era Eugenio Gentili Tedeschi —el arquitecto que, junto con Ada Della Torre, había sido en cierto modo el alma de la banda milanese de judíos turineses—,²² refugiado mucho más al oeste en el valle de Aosta, en una aldea de La Salle. También estaba Ada, que se marchó de Milán para ir a trabajar a la Olivetti y que, por tanto, era valdostana, ya que la ciudad de Ivrea formaba parte entonces de la provincia administrativa de Aosta. El último miembro del grupo era Silvio Ortona (que acabaría casándose con Ada), evacuado a un pueblecito del Biellese, a corta distancia de la embocadura del valle de Aosta.

Un día de octubre, Vanda y Aldo Maestro intentaron pasar a Suiza saliendo por Valtournenche. Fracasado el intento, Aldo regre-

só al llano mientras que Vanda decidió reunirse con Luciana Nissim en el valle de Ayas. Las fechas de estos traslados son difíciles de precisar. Con toda seguridad Vanda se hallaba todavía en Valtournenche el 10 de octubre, cuando envió a una amiga de la época de Milán, Clara Consonni, una carta en un tono extrañamente frívolo que contrastaba con la evidente gravedad del momento: novelas rosa que le habían encantado, cigarrillos hechos a mano que le habían desagradado, la nostalgia de los amigos, y «una ligera esperanza de pasar en vuestra compañía el año nuevo» si se acabara pronto «este terrible tiempo».²³ Ni siquiera se sabe con certeza cuándo Vanda y Luciana decidieron separarse de la familia Nissim y llegaron, desde Challand-Saint-Anselme, primero a Brusson en el mismo valle de Ayas, y luego —más allá del Col de Joux— junto a Primo Levi al Ristoro de Amay, probablemente muy avanzado ya el otoño, entre finales de noviembre y principios de diciembre. «No lo recuerdo —diría Luciana Nissim medio siglo después—; sé que nosotras dos, vestidas con pantalones de esquí, subimos y nos instalamos en aquel hotelito.»²⁴

Según recordaría Eugenio Gentili Tedeschi, a principios de diciembre Vanda Maestro recorrió buena parte del valle de Aosta de este a oeste, subió hasta La Salle con objeto de persuadir al amigo para que se reuniera con el grupito de los otros judíos en la zona del Col de Joux. Vanda describió a Eugenio con optimismo la situación de Brusson y alrededores. «Me dijo: “Contamos con una gran colaboración por parte de la población civil, incluso la mujer del *podestà* teje calcetines de lana para los partisanos, para el invierno”.» Eugenio no se dejó contagiar en absoluto por el optimismo de Vanda. «Le dije: “Yo no voy, y tened la precaución de cambiar de inmediato de sitio, dejad el lugar donde estáis, id a otra parte donde nadie os conozca, y actuad de manera completamente distinta, porque los riesgos son gravísimos”. “No, pero quién...” “De acuerdo”, le respondí.» Los dos amigos no volverían a verse nunca más.²⁵

Entretanto, se movían por ambas laderas del Col de Joux otros judíos turineses, unidos por vínculos diversos a Levi o a sus compañeras, y con diversas relaciones de parentesco entre sí o con ellos. Uno era Paolo Todros, un joven médico.²⁶ Y estaban también Emilio y Guido Bachi, que tienen mayor importancia para nuestra histo-

ria. Los hermanos Bachi no pertenecían a la misma generación que Levi, la quinta de 1919: tenían unos diez años más, de modo que, aun procediendo del mismo mundo, habían llevado una vida significativamente distinta. Nacidos uno en 1907 y el otro en 1909, Emilio y Guido tenían edad suficiente para acordarse de cuando, siendo niños, habían celebrado con los mayores las hazañas de Vittorio Veneto y el triunfo italiano en la Primera Guerra Mundial.²⁷ Se habían hecho adultos bajo el régimen de Mussolini, pero mucho antes de la promulgación de las leyes raciales. Acabados los estudios universitarios, ambos tuvieron tiempo de prestar el servicio militar antes de que la legislación de 1938 hiciese de Levi y de los judíos contemporáneos suyos unos parias de la Italia fascista: excluidos tanto del Ejército Real como de la Aviación o de la Marina, indignos de llevar cualquier uniforme, no aptos para la lucha viril.²⁸

Las fotografías de archivo de la familia muestran la imagen de un Emilio Bachi robusto, de ojos azules y cabello rubio; y de un Guido, de menor estatura, con el cabello negro y los ojos oscuros. En cuanto a los documentos de archivo, los de Elena Bachi —cuñada de Emilio— recuerdan en tono menor una especie de *Jardín de los Finzi-Contini*, una versión subalpina del microcosmos ferrarense de los años treinta trasladado a la literatura por Giorgio Bassani. Más político, a decir verdad, el perfil de los Bachi que el de los Finzi-Contini: el padre de Emilio y Guido, Donato, era un viejo socialista que tras la Primera Guerra Mundial impulsó junto con Camillo Olivetti, el ingeniero fundador de la fábrica de Ivrea, una revista cultural *Tempi Nuovi*, obligada muy pronto a cerrar por orden del fascismo.²⁹ Donato Bachi pasó luego el Ventenio sin ensuciarse prácticamente las manos: colaboró en *La Nostra Bandiera*, la revista absolutamente fascista de los judíos turineses reunidos en torno a Ettore Ovazza, solo con artículos de cultura bíblica.³⁰ Asegurador de oficio, Bachi permaneció lo suficientemente unido a los Olivetti como para continuar por cuenta de ellos la colonia de verano de la fábrica en el valle de Ayas,³¹ y siguió siendo lo suficientemente odiado por el régimen como para ser condenado en 1940 a un período de confinamiento policial, primero en los Abruzos y luego en las Marcas.³² Pero al margen de todo esto, la historia turinesa de los Bachi se pa-

rece incluso demasiado a la historia ferrarense evocada por Bassani. Es la historia del hundimiento de los judíos italianos, de su caída, no se sabe si más inadvertida o más desconcertante, de la abundancia a la privación.

Tengo ante mis ojos la reproducción de una fotografía. La anotación pone «Bardonecchia, julio de 1935», pero cuesta poco imaginársela como una ilustración *ante litteram* de la novela de Bassani, que gira en torno al campo de tenis de los Finzi-Contini como en torno al símbolo de su inocente miopía, de su inconsciente aunque anunciada derrota en el match de la vida. En una pausa del juego, una decena de chicos y chicas posan delante del objetivo, cada uno con su raqueta de tenis en la mano. O tal vez, para ser más exactos, posan antes de jugar: no están despeinados ni sudados, todos aparecen impecablemente vestidos con su ropa deportiva, traje blanco para las chicas, notas de color en la ropa de los chicos. Hay uno que tiene ganas de broma: oculto detrás de otro, apunta sobre su cabeza un par de cuernos. Elena Bachi es la segunda a la izquierda (la tercera, si contamos un muchacho que queda parcialmente fuera de la imagen). El tercero por la derecha, con la cabeza cubierta por una blanca gorrita de niño, es Primo Levi a los dieciséis años. Sonríe seguro e insinúa, me parece ver, un tímido saludo con la mano.³³

Elena Bachi se casaría en primer lugar con un primo de Levi, Roberto Levi, una unión iniciada sin amor y concluida en tragedia. Pero esto ya forma parte de la historia de la caída. Antes de resignarse a un matrimonio concertado en el entorno opresivo de las discriminaciones raciales y casi tristemente celebrado en febrero de 1943, Elena había vivido con plenitud su condición de muchacha privilegiada, cuando todavía se podía crecer como judío italiano sin que te faltara nada: estudios, deporte, bridge, viajes. En Roma, un día de otoño de 1933, Elena y su hermana Luisella tuvieron incluso el honor de conocer, en una comida celebrada en villa Camilluccia, a Vittorio y Bruno Mussolini, los hijos del Duce. Dos años y medio más tarde, a principios de mayo de 1936, celebraron con la *jet set* de la comunidad judía turinesa —en la villa de los Ovazza, en Moncalieri— la conquista de Addis Abeba: la victoria italiana en la guerra de Etiopía y el nacimiento del Imperio fascista. Luisella se había ca-